

Mariano Azuela; el hombre, el médico, el novelista. Selección y prólogo de Luis Leal. México: Conaculta, 2001 (Memorias mexicanas). 2 vols.

En *Mariano Azuela: el hombre, el médico, el novelista*, ha reunido Luis Leal una serie de textos relativos a Mariano Azuela y su obra. Se trata de dos volúmenes que contienen además interesantes ilustraciones.

En el prólogo al primer volumen está la justificación de este generoso trabajo, tan útil para los lectores deseosos de conocer no sólo la vida del autor narrada por él mismo, sino la génesis y el desarrollo de su carrera literaria. Afirma Luis Leal que en la tercera década del siglo xx, junto con Alfonso Reyes, Mariano Azuela *hacía* la literatura mexicana. El padre de Reyes, Bernardo, era tapatío (había nacido en Guadalajara en 1849) y su madre era originaria de Ciudad Guzmán (el Zapotlán de Arreola), de manera que podemos decir que dos escritores con sangre de Jalisco conformaban los pilares del desarrollo literario en esa difícil época, cuando Rulfo, en el sur de Jalisco, sufría los hachazos de sus orfandades. El Jalisco de los páramos y los sones dio en el siglo xx algunas de las mejores páginas de la literatura mexicana. Cronológicamente, con *Los de abajo*, Mariano Azuela encabeza la lista de los imprescindibles en la narrativa de esa centuria. De Jalisco llegó también José Clemente Orozco, cuya obra no debería olvidarse al paso de los años. Precisamente este libro muestra las ilustraciones preparadas por Orozco para una edición de *Los de abajo*. Orozco, como Azuela, tenía una comprensión interna del régimen porfirista, del movimiento revolucionario y de la Revolución hecha gobierno que se resumía en la palabra desencanto.

Azuela, afirma Luis Leal, tiene el mérito de haber creado la novela mexicana moderna, y explica cómo este libro responde a la pregunta sobre la forma en que el médico laguense logró forjar una obra de esa naturaleza. El libro da respuestas por muchos flancos, pues se pretendió forjar un volumen omniabarcante. Unos lectores prescindirán de determinadas páginas, otros preferirán alguna sección que interese menos a los demás.

En estos dos volúmenes se incluyen no sólo la confidencia memorialista de Azuela sobre su obra, sino fotografías de época y de familia, así como textos de reseñas, entrevistas, etc. Quien, además de la visión que Azuela tuvo de su propia vida, desee conocer datos sobre su obra y su tiempo hallará en este libro material utilísimo y se evitará su búsqueda en las hemerotecas. Es éste un libro meritorio, si lo juzgamos a partir de

su propia premisa, la de dar al lector un cúmulo de elementos sobre la personalidad del novelista y acerca de la trascendencia de su obra.

Sobre la personalidad del autor, están las reflexiones que él mismo hace acerca de su historia de vida, su infancia en Lagos de Moreno, sus estudios de medicina en Guadalajara y su ejercicio de la profesión en el terruño. Un dato que habría que agregar a la biografía de Azuela contada por él mismo y a la cronología establecida por Luis Leal es su participación en el gobierno de Lagos en calidad de regidor, el año de 1901, puesto que desempeñó en el ayuntamiento local al lado de Gustavo A. Madero, quien en ese tiempo vivía en Lagos, encargado de la fábrica de hilados y tejidos La Victoria. Ignoro las razones que pudo tener Azuela para olvidar ese dato, descubierto recientemente por Mario Gómez Mata, director del Archivo histórico de Lagos, y publicado en el número 12 del boletín de esa institución. En todo caso, datos como ése son un guiño para que tomemos en cuenta la complejidad del ser humano, que merece más la comprensión en esos términos, que el ensalzamiento.

El recuento que en este libro hace Azuela de su vida abarca además su posterior participación como jefe político de Lagos, ya en el nuevo y fugaz régimen, su incorporación a las tropas revolucionarias y su traslado a la ciudad de México, donde habría de vivir hasta 1952, año de su fallecimiento. Muchas de estas páginas ya las conocíamos, por haberlas publicado el Fondo de Cultura Económica; releerlas ha constituido un placer renovado. Tal fue para mí el reencuentro con ese magnífico cuadro que nos da de su íntimo amigo José Becerra:

José Becerra fue un poeta que llegó a la procesión cuando había terminado. Su tiempo fue el de Madame de Staël, Chateaubriand, Lamartine, Hugo; de éste sobre todo. Víctor Hugo lo fascinó con la magia de la voz sonora, la frase grandilocuente, y lo aprisionó en sus redes. Viviendo a fines del siglo XIX y principios del XX, siguió pensando y sintiendo como los románticos del primer tercio del siglo XIX. Habría brillado con luz propia en las letras mexicanas, pero su retardo lo hizo aparecer y pasar como fugitivo meteoro.

Es éste un retrato que habla de las grandes dotes de Azuela para descubrir y describir al hombre en su verdad y en la verdad. Ese recuerdo de su mejor amigo se convierte en una joya literaria y humana. Junto estas dos palabras porque precisamente de eso informa el libro, de la vinculación entre literatura y vida que representa el fenómeno Azuela. Para el autor de la primera novela de la Revolución, se llega a la literatura a través de la conciencia del vivir. Volteamos a cada lado y vemos el dolor,

dijo Azuela. De ese dolor ontológico, Azuela saca una expresión artística, como recuerda Luis Leal en el prólogo del primer volumen.

Este libro contiene páginas de Azuela que conforman su teoría literaria. No está de más retomar su juicio acerca del realismo que tantos lectores hallaron en *Los de abajo* y en otras novelas del médico laguense. Contra lo que muchos han creído, Azuela no retrata la realidad: la crea. Rulfo dijo que la literatura es una mentira verdadera. *Los de abajo* vale, no como espejo de la Revolución, sino como obra imaginativa sancionada por la realidad, es decir, verosímil. Azuela mismo confesó a José López Portillo y Rojas:

Si yo me hubiera encontrado entre los revolucionarios un tipo de la talla de Demetrio Macías, lo habría seguido hasta la muerte.

Y dijo también:

Luis Cervantes es un tipo imaginario construido con otro tipo imaginario y retazos tomados de la realidad.

El constructivismo de los personajes de *Los de abajo* fue hazaña de perfección, logrando el novelista que Demetrio y La Pintada apareciesen libres en el cautiverio de sí mismos; consiguiendo que fuesen ellos.

El carácter de *Mariano Azuela, el hombre, el médico, el novelista*, corresponde al de una enciclopedia azueliana. En él destacan algunas fotografías de época, como las ilustraciones de peones en los campos de las haciendas jaliscienses. En efecto: al gran acierto de darnos las ilustraciones que para *Los de abajo* produjeron José Clemente Orozo y Diego Rivera, tan diferentes en su diseño —los villistas de Rivera parecen indígenas sureños—, se agrega el de mostrarnos fotografías muy elocuentes de la vida en ese Jalisco de caciques y peones que la Revolución incendió.

Aunque *Mariano Azuela, el hombre, el médico, el novelista*, se presenta como un volumen diseñado bajo el espíritu de la selección, constituye más bien una compilación de corte exhaustivo. El riesgo de obras como ésta radica en que muchos lectores, prefiriendo lo pertinente a lo ino-cuo, lo no sabido a lo ya editado, deban efectuar su propia búsqueda de lo trascendente.

SERGIO LÓPEZ MENA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM